

Clara Voghan

Volver a Empezar

Pequeños Pecados, II

edición digital



© Clara Voghan, 2007

Todos los derechos reservados.

Exp. 551460

Edición digital de CCM

de distribución gratuita,

se prohíbe su venta.

Información y comentarios:

claravoghan@mailbolt.com

Pedidos

y representación editorial:

CCM

claravoghan@lycos.com

CAPÍTULO VIII

Nicolás colgó el teléfono.

Cohen muerto...

Era impensable. La gente de su edad no se moría. No tenía que morirse. Había muchas cosas todavía por hacer. Amar, tener un hijo...

Se estremeció. Cohen tenía unos pocos años más que él, y sin embargo mucha más vida vivida. La tenía a Victoria, al pequeño Gabriel, su estudio contable, cientos de personas que lo necesitaban. ¡Hasta tenía a un Dios que adoraba cada domingo!...

Él, en cambio, no tenía nada... Incluso había permitido que su mujer perfecta floreciera en brazos de otro...

Imaginó la desesperación de Victoria, y el dolor que iba a arrastrar su niño por el resto de la vida, ahora que había quedado vacío de padre...

Se conmovió.

Sí, Cohen había vivido. Había dejado huella, y muchos iban a llorarlo. A él, en cambio...

Se sintió solo. Con esa soledad triste que se le había pegado al cuerpo desde aquel día fatal en que Carolina abandonara su cama y su vida.

Y ahora Victoria, la mujer que había amado tanto tiempo en silencio, quedaba libre, y con una inmensa necesidad de alguien que la protegiera. Victoria, que siempre lo había despreciado por Cohen, estaba ahora desamparada.

Nicolás volvió a estremecerse.

Muerto Cohen era lógico pensar que Victoria y él...

De seguro ella, después de un tiempo, esperaría algo así. Porque su amiga era una mujer fiel a sus sentimientos, y entre ellos siempre había habido un fuego que nada terminaba de apagar.

Y él quería a Victoria.

Siempre la había querido.

Pero ahora se daba cuenta que nunca la había amado. No como a Carolina. No con esta pasión que, aún sabiéndola embarazada de otro, le consumía el alma. Y es que cada madrugada se acostaba a las tres, añorándola. Y cada mañana se despertaba preguntándose por ella. No pasaba día en que no se reprochara a si mismo por haberla perdido. Y no pasaba noche en que no se embriagara con el recuerdo de aquella felicidad que ella le había regalado.

No. Nunca iba a poder amar a Victoria. Casarse con ella, quizás. Pero sólo para que Gabrielito no se criara sin un padre, como le había ocurrido a él. Un hijo siempre necesitaba un padre. Y él podía ser el mejor, si se lo proponía. Aunque el hijo fuera de Cohen... Aunque el hijo fuera de otro... Porque también el bebé de Carolina merecía un padre. ¡Y si aquel idiota no quería reconocerlo! El sólo pensarlo lo hacía temblar de furia. A él le sobraba amor como para ser el padre de Gabrielito y del otro bebé. Un buen padre. El mejor de los padres. Como Cohen...

Como él, Nicolás Expósito, el hijo de nadie.

* * *

—Familiares del señor Samuel Cohen....

El médico volvió a gritar.

—Familiares del señor Samuel Cohen....

Una figura tambaleante asomó al fondo del pasillo miserable.

El doctor lo observó llegar, con cierto enojo.

—Le dije que se quedara en la cama. Usted todavía está en observación.

—Ya me han cosido.

—Ya sé. Yo mismo lo cosí... Y que no lo recuerde confirma que todavía tiene que estar en observación. No puede estar deambulando por allí. Perdió demasiada sangre... ¿Ya le avisaron a su familia?

—No necesito que le avisen a nadie. No quiero molestar a mi esposa. Ella últimamente está muy cansada, y no quiero añadirle una nueva preocupación.

—Claro, claro... —respondió el otro con tono sarcástico—, seguro que es por eso...

Samuel Cohen lo observó, extrañado.

—¿Cómo está la muchacha? —preguntó al fin.

—Tiene abrasiones y laceraciones múltiples, pero todas menores... Evidentemente el peso de los dos recayó sobre usted.

—Gracias a Dios —respondió Samuel, sin ocultar su alivio.

Pero mirándolo con intención, el doctor agregó:

—Y a pesar de que usted no me lo pregunta, se lo voy a decir igual: el bebé tampoco sufrió daños.

—¿El bebé?! —preguntó Cohen con sorpresa.

Tardó en reaccionar. ¿Un bebé?

—¿Puedo verla? —dijo al fin.

El joven doctor lo observó primero con mala cara, pero finalmente asintió.

Cohen entró a la miserable sala comunitaria, y tras una cortina polvorienta reconoció a Carolina, la jovencita que vivía con Nicolás, y que ahora lloraba con tanta congoja, que logró conmoverlo de inmediato.

—Carolina... ¿estás bien?

La joven abrió los ojos, y al verlo, se abrazó a él.

—¡Samuel!... ¡Gracias a Dios!... Pensé que habías muerto...

—Tengo algunas cortaduras, y mi traje se ha desintegrado, pero por lo demás todo está bien...

La muchacha se soltó, y agachó la cabeza, con ese gesto que le era tan propio.

—¿Qué fue todo eso, Carolina?

—Vi que venía el tren, y me paralicé... Fue un accidente.

—No, Carolina... No... Cuando te vi parada allí, en las vías, supe exactamente lo que estaba ocurriendo. Bastó verte. Conozco demasiado bien esa mirada. Yo mismo la he tenido algunas veces... Es la mirada de quien está determinado a morir.

Por toda respuesta la muchacha rompió en llanto... Y Samuel Cohen se estremeció.

—No sabes como desearía que estuviera aquí Victoria. Ella... Ella es buena para hablar de estas cosas. Ella te convencería sobre la importancia de la vida. De los designios de Dios... De esas cosas... Pero yo no puedo. Las siento, pero no me salen... Lo único que yo sé, Carolina, es que, a pesar de que el mundo es una mierda, una sola caricia de alguien que te ama hace que valga la pena vivir. Cada vez que Victoria me abraza, cada oportunidad en que mi bebé se queda dormido sobre mi, cada uno de esos segundos que atesoro en mi memoria, hacen que todo tenga sentido. Y entonces entiendes a Dios, a la vida, al amor, y hasta a la muerte... Cuando uno ama de verdad... ¿Amas de verdad a Nicolás, no?

La joven se hundió aún más en el llanto.

—Y entonces, ¿por qué negarle a tu hijo la posibilidad de que él también pueda sentir algún día lo mismo?

Carolina lo miró, electrizada.

—¿Quién te dijo?

—El doctor. Dice que el bebé está bien... ¿Acaso no deseas tener a tu hijo entre tus brazos? ¿No deseas verlo crecer?

—Tú no entiendes... Todos quieren que lo mate. Todos quieren que aborte. Parece que es lo mejor... Pero no tuve el valor. Lo quiero demasiado. No he tenido el valor para separarme de mi bebé... Ni siquiera en la muerte...

Otra vez Samuel Cohen sintió aquellas ganas desesperadas de su mujer, mientras consolaba a la de otro.

—¿Cómo pudo Nicolás ser tan idiota como para pedirte que...?

—Él no me lo pidió... Por favor no le cuentes nada de esto —le rogó Carolina con apuro—, no es su hijo —concluyó.

Pero Samuel, conocedor de la mirada de los otros, supo de inmediato que le estaba mintiendo.

—¡Señor Cohen! —chilló el médico a su espalda—. ¡Cómo le tengo que decir! Acaba de recibir más de cuarenta puntos, y una transfusión de sangre. ¡No puede andar circulando por allí!

Samuel, a fuerza de la voluntad de aquel joven profesional, terminó obedeciéndolo. Dejó a Carolina y se dirigió otra vez hacia la sala de la que había salido, caminando todavía a los tumbos por el pasillo mal iluminado. Se moría por un buen whisky...

Se moría por Victoria.

Y entonces, como una bendición, la voz de su esposa le acarició el alma.

—¡Cohen! —le gritó, mientras corría como desesperada hacia él.

Y es que el alma le acababa de volver al cuerpo.

—¡Cohen!, ¡Cohen! —lo llamaba, como solía hacerlo durante aquellos años en que lo había amado sin saberlo.

—¡Cohen! —exclamó al fin, mientras se trepaba de un salto, a aquel metro noventa de hombre que le pertenecía, y que cada noche se metía en su carne para completarla.

Y así, llorando y riendo a la vez, Victoria supo con total claridad que podía ser contadora, madre, o empresaria, pero tenía una única vocación en la vida: ser la esposa de Samuel Cohen.

Su mujer.

* * *

Nicolás echó una segunda mirada por la ventana que estaba al lado de la puerta.

¡Increíble!

—¡Cohen! —casi gritó, mientras se apuraba a abrir—. ¡Sabía que no podías estar muerto!... Yerba mala...

—¿Quién te dijo....?

—En la oficina de Victoria. ¡Pero yo sabía!... Aunque estás bastante mal trecho...

En efecto, aquel pelirrojo imponente arrastraba un pesado yeso en su brazo izquierdo.

—Cuarenta puntos... Y algo de reposo obligatorio.

—¿Qué ocurrió?

Samuel se tomó su tiempo para responder.

—Tropecé al cruzar las vías del tren.

—Pero, ¿qué hacemos aquí, hablando en la entrada? Pasa, por favor. Ya que el muerto ha venido a visitarme, es bueno que el velorio sea en mi casa.

—Lo lamento, pero será en la mía. La pobre Victoria aún no se repone del susto. Y además, si te voy a ser sincero, me muero por abrazar a Gabrielito... Es increíble como estas cosas nos ponen a pensar.

—Incluso a mi... Ya me imaginaba casado con tu mujer, para darle un padre a tu hijo.

Samuel Cohen clavó su mirada oscura en los ojos claros de su viejo rival.

Había cosas que no le gustaba escuchar, ni siquiera en chiste.

—Pero por fortuna estás aquí —agregó Nicolás, para atemperar en algo su exceso de sinceridad—. ¿En qué puedo serte útil?

—Con Victoria nos vamos a ir a Cariló hasta que me reponga. ¿Podrías echarle un ojo a la empresa? Hay algunos asuntos legales pendientes que preocupan a mi mujer.

—No temas. Yo me encargaré... ¿Dónde está Victoria?

—En el auto con Carolina, que no ha querido bajar.

Todo el rostro de Nicolás cambió de inmediato al escuchar aquel nombre amado.

—¿Carolina?

—La hemos encontrado en el hospital, y vamos a llevarla a la casa de la hermana.

—¡No! —exclamó, con una emoción que de inmediato trató de ocultar—. Me refiero a que ustedes deben estar cansados. Yo puedo ocuparme de ella.

—No parece muy entusiasmada con la idea de...

Cohen no pudo acabar la frase. Nicolás ya estaba corriendo rumbo al auto, y a aquella felicidad que no parecía dispuesto a volver a dejar escapar.

* * *

Nunca se dijeron tantas cosas en medio del más absoluto silencio. Nunca se confesaron más sentimientos, ni se reclamaron tan dolorosas ausencias.

El auto rodaba por la ciudad desierta, mientras en su interior todo permanecía quieto. Hasta el tiempo.

Para Carolina y Nicolás sólo bastaba la presencia del otro. Y como siempre había sido entre ellos, miles de preguntas se contestaban sin palabras. Con un silencio denso y palpable.

Nicolás detuvo el motor.

—No sé adonde es tu casa. Nunca quisiste llevarme hasta ella. Es otra de las cosas que no sé de ti.

Carolina, como siempre, calló.

Nicolás la observó con aquel anhelo que había escondido desde su ausencia, y se conmovió al ver en ella aquel gesto pudoroso que él mismo solía hacer cuando algo le era difícil.

Y aquella situación era muy difícil.

Para los dos.

—¿Sigues viviendo en casa de tu madre? —preguntó en tono distendido, tratando de disimular toda la expectativa que aquella respuesta encerraba.

—Sí, con mi hermana.

El corazón de Nicolás comenzó a latir con fuerza. Como había imaginado, aquel canalla la había dejado librada a su suerte: embarazada, indefensa y sola. Y aunque la situación era dramática, por algún extraño motivo él se sentía feliz y esperanzado.

—¿Sabes, Carolina?, he estado pensando...

La joven comenzó a temblar. La sola proximidad de él la mareaba, así que, mansamente, se aprestó a seguir escuchando.

—Durante estos días... He pensado mucho... No puedes dejar las cosas como están. Ser madre soltera es muy difícil, y...

Carolina se desilusionó.

—No voy a abortar —exclamó terminante la joven madre.

Nicolás la observó auténticamente sorprendido.

—Jamás pensé en algo así —se defendió.

Era sincero. Y a la muchacha se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No tienes que preocuparte —insistió él con algo de desesperación—. Ya lo tengo todo pensado. Las cosas van a salir bien, ya lo verás... Lo importante es sacarse a ese tipo de encima. Conozco a la gente como él... ¿Recuerdas la actriz que tuvo a su niña, a pesar de que el novio le había exigido abortar? ¿Recuerdas que el fulano luego se dedicó a hacerle la vida imposible, con la excusa de que era el padre? Le impedía llevársela, cuando tenía que ir por trabajo fuera del país, descuidaba a la bebé durante las visitas que le asignaba el juez, ¡un sufrimiento terrible para la pobre madre!... El fulano era un canalla, que se valió de cuanta trampa legal existía, y créeme, hay muchas. Lo sé, porque yo participé en esa causa.

—¿Eras el abogado de la actriz?

—No. El de él. Por eso conozco las trampas. ¡Pero no vamos a permitir que a ti te ocurra lo mismo! Si me permites...

Ante la mirada atónita de la joven, con nerviosismo Nicolás se dio vuelta para tomar unos papeles del portafolio que estaba apoyado en el asiento trasero.

—Hace unas noches redacté esto —continuó—. Es una carta documento. Tendrás que enviársela al padre. En ella lo notificas en forma fehaciente de tu situación, y le exiges una suma indecente de dinero para la atención del pre parto y el parto. Yo sé que no hay jurisprudencia al respecto, pero juntos tú y yo vamos a hacer historia...

Nicolás hablaba a toda velocidad, imparable.

—... Y si el tipo se niega, vamos a exigirle más. Vamos a pedir embargo sobre sus bienes. Vamos a volverlo tan loco, que va a terminar firmando lo que le demos. Y entonces lo obligamos a renunciar en forma indeclinable a todo derecho sobre el niño. Claro que no podrás pedirle nada, ni obtendrás dinero de él, pero, a cambio, podrás borrarlo de tu vida y de la de tu bebé para siempre. Créeme, es lo mejor. Y yo voy a ayudarte.

—Nicolás... —susurró la joven, mientras negaba con la cabeza.

—No, de verdad, Carolina. Tienes que darle esto al padre. No puedes dejar que el idiota se salga con la suya. ¡Toma!...

El joven abogado prácticamente la obligó a quedarse con aquel papel.

—Nicolás, yo no puedo...

—¡Tonterías! Tienes que dárselo... ¡Y cuánto antes mejor! No podemos permitir que esconda bienes, o los ponga a nombre de otros. Si tiene mucho que perder, cederá con más facilidad.

—Nicolás...

—Carolina —dijo al fin, mientras la miraba con dulzura a los ojos, conteniendo con dificultad su necesidad de acariciarla—, tienes que dárselo al padre.

La joven agachó la cabeza, y extendió el papel a aquel hombre que amaba con tanta locura.

Él la miró confundido, y, sin entender, insistió.

—De verdad. Dáselo al padre.

Y entonces, en un último esfuerzo, y con los ojos llenos de lágrimas, Carolina sostuvo su mirada, y sencillamente repitió:

—Entonces, toma.

Un silencio profundo se instaló entre los dos. Nicolás miraba esos amados ojos negros, intentando encontrar en ellos el significado de aquellas palabras.

Y luego el papel.

—¿Estás segura que...? —intentó preguntar, casi en un hilo de voz.

Carolina suspiró.

—Tommy murió hace mucho, y...

El corazón de Nicolás dio un vuelco de alegría, (¡no había habido otro!). Pero su cabeza...

Un miedo oscuro se apoderó de él.

Desde muy pequeño, cuando las parejas desfilaban en el orfanato en busca de un hijo, él siempre se repetía, aún en su media lengua: “si yo fuera un papá...”

Y luego, de mayor, cuando los reproches se acumulaban, la frase volvía a surgir: “si yo fuera padre”.

Y así, esa figura paterna se había ido transformando con los años en imagen de total perfección y entrega. Una imagen que distaba mucho de la suya.

Un padre era... Y él...

Él sólo era un hombre que amaba a una mujer.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—No iba a decírtelo nunca. Pero Victoria y Samuel me tendieron esta trampa.

—¿Por qué no decírmelo?

—No sé como ocurrió esto. A ti te consta que nos hemos cuidado... Pero sé a la perfección que no quieres un hijo. Al menos no en este momento de tu vida. Yo, en cambio.... Yo no quiero abortar... Quiero a este bebé tanto como...

“Como te quiero a ti”, iba a decir. Pero calló.

—Mira, Nicolás..., en lo que a mi respecta no tienes ninguna obligación. Mi hermana ha prometido ayudarme, y...

No pudo acabar. Torpemente aquel hombre que amaba le tapó la boca con su propia boca. Con un beso profundo con el que había soñado toda su vida.

Y otra vez comenzó aquella dulce locura. Abandonarse en sus brazos fuertes, emborracharse en aquella necesidad compartida por la piel del otro, inundarse de su perfume, su calor, su fuerza. Esa fuerza que había preñado sus entrañas, volviéndola una mujer completa.

Lo dejó recorrerla con su lengua, acariciarla, apoyar la cabeza sobre sus pechos llenos, reencontrarse con su sexo húmedo.

Lo dejó hacer, con la misma entrega muda que la había llevado hasta allí en primer término. Sin palabras, sin compromisos, sin pasado ni futuro.

Ni viuda, ni casada, ni soltera, Carolina se contentó aquella noche, y en ese auto, con ser sólo una mujer.

De nuevo.

* * *

Lo que más enamoraba a Nicolás era la forma callada que tenía Carolina de entenderlo.

Ahora que estaban de nuevo juntos, la casa había recobrado su espíritu. El regresar tenía un sentido, y el despertar siempre encerraba una nueva esperanza.

Nicolás se limitaba por aquellos días a ser feliz. A perder la mirada en el eterno trajinar de ella. En la suavidad de sus trenzas. A hundirse en su piel suave. A dejarse complacer y mimar.

Nunca nadie antes le había regalado una dedicación más absoluta, sincera y desinteresada. Carolina era, sin duda, su mujer perfecta. Una mujer con la que podía abrir su corazón, sin temor a que lo lastimara. Una mujer con la que podía hablar de todo.

De todo, excepto...

El futuro era algo que lo aterraba. Y dentro de ese futuro, el hijo que iban a tener en apenas seis meses, no lo dejaba dormir. Más de una vez, en medio de la noche, acariciaba el vientre de Carolina, sin despertarla. Tratando

de sentir a aquel bebé que le pertenecía, y que sin embargo, consideraba un extraño.

¿Podría ser él un buen padre?

¿Podría resignarse a compartir con un bebé a la mujer que amaba?

Él mismo se sentía un niño en brazos de ella. ¿Cómo podría entonces convertirse en un hombre, en sólo seis meses?

Miedo, mucho miedo. Un miedo profundo que se escondía en el silencio, y que Carolina confundía con indiferencia.

Una indiferencia que le dolía, pero que no se atrevía a reclamar.

Otra vez.

* * *

Agustina comenzó a llorar. Despacio primero, ruidosamente después.

Del otro lado del cuarto, su amante continuaba tecleando frente al ordenador, indiferente.

En señal de protesta, la joven se acercó a él, hipando y gimiendo.

—¿Lloras?

—¿Recién ahora lo notas?

—Pues debes haberme confundido con otro, porque a mis “histeriqueos” no me afectan.

Y fue tal el desprecio con el cual pronunció estas palabras, que la joven, olvidando su papel de víctima, se arrojó sin más sobre él, tratando de lastimarlo.

—¡Suéltame, mierda!... Eres una loca furiosa. Y esas pastillas que tomas para bajar de peso, tampoco ayudan.

Le fue fácil doblegarla, y, sin pensar, la arrojó sin piedad hacia un costado del cuarto, haciendo que se golpeará con la pesada cómoda cercana a la cama.

—¡Eres un hijo de puta, y voy a matarte! —balbuceó desde el piso.

—No serás la primera que me lo dicen —respondió el otro sin mirarla, mientras volvía al ordenador.

Agustina se estremeció. Aquel tipo no le tenía ni lástima, ni miedo, y mucho menos amor. ¡Era tan infortunada!... Desde que había perdido a Nicolás, su vida se había vuelto horrible.

Ni hablar del trabajo. Luego de “aquello” había tenido que aceptar mansamente ser confinada por la cómplice de su ex, en una oscura oficina del segundo piso de la fábrica de calzados deportivos Ferrari, como secretaria de una bruja infame.

Claro que el sueldo era el mismo que ganaba en el estudio, (mucho para una secretaria, y poco para una mujer como ella), pero mientras que en lo de Uriburu todo era coquetear con abogados y clientes, evitando que se le vinieran encima, en su nuevo trabajo lo único que podía venirle encima era una pila de libros polvorientos.

¡Era tan infortunada!

Ya no había hombres como su Nicolás...

Desde su separación había salido con tres, (si es que a esos fulanos podía llamárselos así). Y siempre era lo mismo: sexo salvaje al principio, y aburrimiento después. Y de comprometerse, ¡nada!. Era como si, por una deficiencia genética, aquellos idiotas hubieran nacido sin su dedo anular.

Extrañaba a Nicolás...

Y no sólo porque era un hombre rico y generoso. No, había mucho más en él. Era dulce, comprensivo, caballeroso, nada egoísta a la hora del sexo. Era..., era un hombre. Con todas las letras.

Se miró el brazo izquierdo, que había comenzado a dolerle, y vio con horror como su delicada piel se tornaba morada.

¡Sí! Nicolás había sido su gran amor. Y durante varios años habían compartido una pasión intensa. Claro que después lo había arruinado tratando de atraparlo, (¡todo por la idiota de Miranda!).

Pero estaba segura que, de tener la posibilidad, iba a poder reconquistarlo. Había invertido muchos años de su vida en conocer a aquel hombre. Su hombre. Sabía como excitarlo, y como enfurecerlo.

Había invertido mucho en él. Y era hora de percibir la renta.

* * *

Octavio Ruiz acomodó su voluminosa humanidad en el pequeñísimo sillón de auténtica piel de cebra, ubicado en el centro de la sala. Como le ocurría con su matrimonio, a pesar de haberle costado una fortuna, no terminaba de sentirse a gusto en él. Y eso que cada día pasaba horas sentado allí, tratando de amoldarlo a su antojo. Pero no. El muy ladino, como su esposa, insistía en rechazarlo.

Ya hacía más de veinte minutos que estaba a oscuras, sentado en ese ridículo silloncito, perdido en medio de aquella sala inmensa.

¿Cómo se había permitido ser tan estúpido? Otros podían darse ese lujo, pero él no. Tenía una reputación que proteger. ¡Vamos!, que cuando uno recurría a un abogado como él, no buscaba un maestro del derecho, sino a un experto en trampas.

Criado en medio de los lujos que el dinero mal habido de su padre podían comprar, había “adquirido”, (en más de un

sentido), el título de doctor en abogacía, para así aprovechar todo el poder que había heredado. Él podía lograr, moviéndose en las oscuridad, mucho más que otros a plena luz.

Nadie se aprovechaba del doctor Ruiz. Nadie lo burlaba. Nadie podía mandarlo.

Nadie, excepto...

Claudia Soto, su propia esposa. Un metro setenta y ocho de pura mierda. Ella, que no era nadie, siempre lo había despreciado... Y precisamente era eso lo que lo hacía desearla más.

¡Cómo lo “podía” esa mujer! Y así como siempre mantenía con los demás una indeclinable actitud altiva, en la cama, con ella, se volvía su esclavo más sumiso.

No era un perverso, ni nada de eso... Pero sentir a aquella mujer poderosa insultándolo, denigrándolo, lo excitaba hasta lo indecible. Si incluso al recordarlo, furioso como estaba, su sexo comenzaba a reclamar.

¡Era un caso perdido!

Con dificultad logró soltarse de la silla que ya lo aprisionaba, y comenzó a caminar en medio de sombras.

¡Sí que se la habían hecho! Ella, y aquel idiota de Expósito. Y él, cándido como un niño, se había dejado engañar... ¡Lo que el amor lograba!

“Quiero casarme contigo, pero no quiero que creas que lo hago por tu dinero. Te daré el “sí” a condición de que firmemos un contrato pre nupcial”.

¡Y él, como un completo idiota, que le había creído! ¡Claro que habían firmado el pre nupcial! Cada uno declarando como propios los bienes que aportaban al matrimonio, (¡total!, para lo que tenía ella que aportar...). En el mismo acto, él, como muestra de buena fe, reconocía no haber actuado nunca como su representante, y renunciaba a toda acción legal en su contra, (de todas formas, sólo había iniciado esa causa para reconquistarla; para obligarla a volver a su lado, aunque fuera a la fuerza)

Todo perfecto...

Y se había quedado tan encantado con aquel gesto desinteresado de ella, que se le ocurrió la idea de regalarle el departamento en que ahora vivían, y luego, el auto. ¿Cómo se le había ocurrido eso?

Ah, ya lo recordaba.

Primero ella había empezado con aquello de que su amiga vendía un departamento increíble. “Una joyita”, solía decir. Que era una oportunidad, que, de tener el dinero, ella misma lo compraría, bla, bla, bla.... Y, así, noche tras noche.

Y luego de varias semanas de insistir, comenzó a fantasear con el regalo de bodas que él le iba a dar. Cada día era lo mismo: “¿Qué me regalarás?..., ¿Será un

departamento en Miami?. ¿Una casa de campo?.... ¿Una lancha?... ¡Y él que ni siquiera conocía esa ridícula costumbre de que el novio le regalara algo a la esposa antes de la boda!...

Finalmente había accedido a comprar “la joyita”, (al parecer, la opción más barata). Y, como un idiota, lo había puesto a nombre de ella, (en realidad, apenas lo había terminado de pagar, cuando Claudia ya había corrido a escriturarlo, sin siquiera avisarle).

Y todavía los medios periodísticos no terminaban de felicitarlo por haber sido tan espléndido con la novia, cuando, dos días antes de la boda, su futura esposa comenzó con aquello del auto. ¡Y qué iba a hacer!... Ya estaba resignado.

Pero en aquel momento no desconfió porque, si bien su mujer no aportaba bienes al matrimonio, por estar considerada “la modelo del momento”, sus ingresos mensuales eran fabulosos. Y administrando él mismo su carrera, sólo podía esperarse que incluso mejoraran.

¡Qué iluso!... ¡Qué idiota había sido!

La voz chillona de su querida esposa lo obligó a interrumpir su soliloquio.

—¿Qué haces aquí tan temprano, y a oscuras?

—Es mi casa... Puedo llegar aquí cuando me plazca, ¿no?

—Es “mi” casa, y sería bueno que para la próxima vez me avises. Podrías haber interrumpido una entrevista, o haberme encontrado en medio de una sesión de fotos.

—O con tu abogado...

—¿De qué hablas?... Mi abogado eres tú.

El doctor Ruiz la miró con enojo.

¡Y pensar que algún idiota la había contratado como actriz! ¡Era pésima! Apenas podía ocultar su nerviosismo al saberse descubierta.

—La agencia que te tiene contratada no me ha dicho lo mismo. Según ellos, tú eres empleada de una sociedad del exterior, que el idiota de Expósito representa. Y es él, Expósito, y no yo, el que negocia tus contratos.

—Eso fue antes de casarnos...

—Y parece que, también antes de casarnos, te apuraste a cobrar por el trabajo que ibas a realizar durante los próximos dos años.

—Me pareció una oportunidad, y la tomé...

—¡Claro! Por eso aquella cuenta bancaria que me obligaste a reconocer como tuya, estaba tan abultada.

—Yo no te obligué a nada...

—Así que, por los próximos dos años, todo lo que yo gane con mis negocios, conforme a nuestro acuerdo pre

nupcial, es nuestro, mientras que lo que tú ganes, es sólo tuyo.

—Es que lo cobré por adelantado.

—Es que me cagaste por adelantado... Dos años. El tiempo que el hijo de puta de Expósito calculó que duraría nuestro matrimonio, ¿no?.

Claudia Soto sonrió. ¿Dos años? ¡Ni muerta! Aquello era para que la cosa no fuera tan evidente, cuando se divorciaran al año de la boda. Y cuando eso ocurriera, Nicolás, aquel bomboncito que la mataba con su indiferencia, iba a liquidar la empresa que la había contratado, repartiendo entre sus socios las ganancias. Dos socios para ser más precisa: su chofer y la esposa. Dos pobretones que, en otro contrato de fecha posdatada, le vendían a ella su capital accionario.

—¿Te ríes? ¿Creen que van a burlarse de mi tan fácilmente? ¡Se equivocan! Ese idiota de Expósito no sabe con quien se ha metido.

Y sin que Claudia pudiera preverlo, su marido pegó un salto, para rodear el delicado cuello de su esposa con sus manos inmensas.

—No serás el primero que mate sin necesidad de ayuda.

Por un segundo la bella modelo se intimidó, pero de inmediato se sobrepuso. Era verdad que su marido la superaba en peso y estatura, pero también era cierto que no

podía asustarse demasiado de un fulano al cual le había dejado su propio tacón marcado en el culo.

—¡Aléjate de mí! —le ordenó, como cuando estaban en la cama.

Y él, sin poder evitarlo, la obedeció, temeroso. Pero de inmediato se repuso. ¡No estaban teniendo sexo!

Podía ser un hombre enamorado, pero no era ningún idiota.

—Sabes que no puedo dañarte. Pero en cuanto a tu abogado... Más vale que Expósito se cuide. Cualquiera tarde de estas puede encontrarme como tú lo has hecho hoy: sentado, y solo, en medio de la oscuridad de la sala. Pero entonces será su sala... Y su final.

Claudia se estremeció.

Porque si de algo no dudaba, era de que el doctor Octavio Ruiz era muy capaz de cumplir con su palabra.

¡Pobre Nicolás!

* * *

Como si Carolina todavía trabajara en el restaurante, a Nicolás le gustaba cenar con tranquilidad, acostarse a dormir, y despertar a las tres de la madrugada para hacer el amor.

El cuerpo de ella, que siempre le había parecido hermoso, ahora, transformado por el embarazo, lo enloquecía. Sus pechos rebosantes, su vientre hinchado. Todo en ella lo hacía desearla con intensidad. Y si bien saciaba su pasión cada noche, durante el día, en medio de una reunión de colegas, o frente a algún cliente, no era extraño que su mente se extraviara en el recuerdo del sexo caliente de ella.

El hijo era otra cosa. De eso no se hablaba.

Para Carolina, en cambio, la jornada se dividía en dos. Primero las horas dedicadas a Nicolás. Aquellas en que recorría con su cuerpo todas las estaciones del placer que sólo aquel hombre parecía saber darle. Las que dedicaba a contemplar su figura varonil, a escucharlo, a satisfacerlo. A ser feliz a su lado...

Pero la otra mitad del día, cuando Nicolás no estaba, era el tiempo de su bebé. Entonces se quedaba hasta tarde en la cama, con música suave, y comenzaba a masajear su vientre con la crema que la obstetra le había recomendado para evitar las estrías, imaginando con cada uno de los movimientos de sus manos que acariciaba a su niño, mientras le hablaba con dulzura. Le contaba de su papá, de la casa, del mundo. Y hablándole, se quedaba dormida hasta el mediodía. Entonces, sin vestirse aún, se dirigía hacia la cocina, y, a pesar del frío que ya comenzaba a adueñarse de la ciudad y de la casa, abría su camisa para masajear sus pezones con hielo, (para que el niño pudiera mamar con facilidad). Y luego , Beethoven.. Sí, porque

había leído por allí que si los bebés escuchaban su música, eran después buenos para las matemáticas. Y ella quería que, para su niño, todo fuera fácil y divertido.

Amaba a ese bebé tanto como amaba a Nicolás.

Ni su marido, ni su novio. El padre de su hijo.

* * *

—¡Nicolás!

Nicolás no tuvo que darse vuelta para saber quien lo llamaba. Aquella voz gruesa y varonil era inconfundible.

—¡Cohen!

Los dos hombres se abrazaron con sinceridad.

—¿Todavía llevas el yeso?

—Faltan aún otros treinta días. Y luego deberé hacer un mes más de rehabilitación.

—Fue bastante grave entonces...

—La saqué barata. No puedo quejarme.

—¿Cómo está Victoria?

—Bien.

—¿Y tu niño?

—Bien... —Y mirándolo con intención, aquel hombre oscuro, añadió—: ¿Y el tuyo?

Nicolás agachó la cabeza con aquel gesto que le era tan propio. Pocos sabían de la existencia del bebé, y menos aún que el niño era su hijo. Aparentemente Samuel era uno de ellos.

—Bien— contestó al fin, con gran esfuerzo.

Ambos hombres se miraron.

Había tanto para decir... Pero eran hombres, ¡qué joder!, así que se apuraron a alejarse del tema, para transitar caminos más conocidos: trabajo, negocios. Había mucho por decir...

Lástima que fueran incapaces de hacerlo.

Sin olvidar ninguno de los tópicos urgentes que tenían que tratar, (pero callando todos los importantes), comenzaron a caminar rumbo al elevador.

Una vez allí, la presencia de extraños los obligó a tomar distancia.

Piso veintidós..., veintiuno..., veinte... Para el dieciocho quedaron de nuevo solos. Pero el silencio continuó.

Nicolás y Samuel no eran verdaderos amigos. Se tenían afecto, eso sí, pero por carácter transitivo. Sin Victoria en el medio de su relación, nada más los unía. De hecho, eran dos extremos opuestos. El uno de apariencia luminosa, rasgos suaves, un tanto tímido a la hora de los sentimientos,

pero dulce y comprensivo. El otro, oscuro, intenso, arisco, pero a la vez, poderoso. Capaz de jugarse la vida por una convicción.

Pero lo que había enamorado a Victoria de ambos, era lo que ellos más se empeñaban en ocultar. Una extraña cualidad común: más allá de cualquier máscara, Nicolás y Samuel eran, simplemente, buenos hombres.

Claro que la moral de Nicolás era frágil, capaz de doblegarse ante el más mínimo vericuetto de la ley, (después de todo había sido entrenado desde adolescente para ello), mientras que la de Samuel se mantenía rígida e inviolable a pesar de todo y de todos... Pero ambos hombres compartían una íntima y secreta búsqueda de la felicidad, y no podían contentarse con menos. Para Samuel esa felicidad era Dios, y sólo podía alcanzarla de la mano de Victoria. Para Nicolás, en cambio, era el amor. El verdadero amor que Carolina le enseñaba cada día que estaban juntos.

Por eso, a pesar de ser tan distintos, se parecían tanto.

El edificio no tenía piso trece. Algo curioso en una ciudad como Buenos Aires, no demasiado afecta a ese tipo de supersticiones. Pero sin embargo, como burla del destino, fue entre el doce y el catorce que el elevador dejó de funcionar. Primero fue un ruido fuerte, y luego un sacudón que hizo caer a los dos hombres.

El primero en reaccionar fue Cohen. Con presteza, a pesar de su yeso, ayudó a Nicolás a ponerse de pie, y comenzó a accionar los botones.

—Está muerto —sentenció.

—Al menos tenemos luz —se alegró Nicolás. Pero como si el destino hubiera querido enseñarle algo, bastó que lo dijera para que todo fueran tinieblas.

Usando su nuevo teléfono móvil como linterna, (regalo de su esposa), Samuel pudo pulsar el botón para comunicarse con la portería.

—Ya hemos llamado al servicio técnico, y estarán aquí en media hora.

—No tenemos luz.

—No tienen de que preocuparse. El elevador está diseñado para que no falte la ventilación en un caso como este.

“¡Media hora!”, se dijeron a si mismos con resignación.

Una incómoda media hora.

Y por más de cuarenta minutos permanecieron en silencio, sólo interrumpido por una u otra frivolidad. Pero a los cincuenta, la voz de Nicolás rompió aquel pacto de hombres.

—¿Tuviste miedo al saber que Victoria estaba embarazada?

—¿Te burlas de mi?

Nicolás agachó la cabeza. ¡Lo que había imaginado! Aquel hombre perfecto nunca hubiera...

Pero la voz de Samuel lo volvió a la realidad.

—¡Estaba aterrado!... Yo tuve una relación bastante difícil con mi padre, es decir, el padre que conocí, y tenía miedo de...

—¿Y ahora?

—Sigo teniendo miedo, pero en el medio soy muy feliz. Eso es lo que Victoria me enseñó: a no intentar cambiar aquello que no se puede... Vivir tu vida al lado de una mujer es toda una aventura, y criar a un niño, (un perfecto desconocido si consideras que heredamos los genes de hasta dieciocho generaciones atrás), una aventura aún mayor... Entonces me limito a vivir día por día. Sin preguntas... No sé si estoy siendo un buen padre. Pero sí sé que soy muy dichoso al intentarlo. Mañana..., ¿qué sé yo?. Hoy lo hago con todo mi corazón.

—¿Y el miedo?... ¿Cómo superaste el terror del principio?

—Se me fue la primera tarde que me quedé a solas con mi hijo. Durante el embarazo trataba de no pensar, (y, por cierto, estaba tan feliz de estar con Victoria, que tampoco tenía demasiado tiempo para hacerlo). Luego, durante el parto me aterra. Créeme, si puedes superar los detalles escabrosos, toda la experiencia vale la pena. Y cuando ya

estábamos de regreso en casa me sentí... un poco molesto. ¡Y es que el universo entero giraba en torno del bebé!... Pero una tarde Victoria me pidió que me quedara con el niño. Que lo cuidara mientras ella iba a su oficina. Al principio me espanté. Yo soy tan grande y torpe... Y Gabrielito parecía tan pequeño y frágil.... Pero Victoria insistió. Y tú sabes que no puedo negarle nada.

—¿Y en qué influyó que tuvieras que cuidarlo?

—¡¿En qué influyó?!... Amigo, ni te lo imaginas... Conoces mi historia. Sabes que me he enfrentado más de una vez a la muerte... ¡Pues, ni remotamente sentí entonces el horror que experimenté aquella tarde!

—No me estás dando ánimos...

—¡Espera a que el niño comience a llorar y te encuentres solo! ¡Eso sí que es un espanto! ¡Pasan mil cosas por tu cabeza!

—¡Eso es lo que yo temo! Día y noche lo pienso...

—Pues no pienses más. ¡Vívelo! Porque bastó que Gabrielito me mirara con sus grandes ojos azules para que me conquistara de inmediato. Y entonces ese bebé extraño dejó de ser “una gran responsabilidad”, para ser mi pequeño. Simplemente, mi hijo.

Primero los sorprendió la luz, y luego un súbito movimiento. Ambos hombres secaron sus ojos con discreción, (mojados por la condensación de la humedad ambiente, de seguro), y volvieron a su silencio habitual.

Después de todo, eran sólo hombres.

* * *

No era supersticiosa, pero Carolina había considerado prudente no comprar nada para el bebé hasta finalizado el primer trimestre. Y no por las habladurías de las viejas, sino porque aquellos primeros meses siempre eran los más riesgosos. Pero ahora, con dieciséis semanas cumplidas, según la ecografía que le acababan de efectuar, ya era hora de dar rienda suelta a sus deseos incontenibles de preparar todo para su niño. Aquella tarde, de regreso del doctor, y desafiando la tormenta que se aproximaba, había comprado un conjuntito liviano de batista, una mantita de fibra antialérgica, y unos zoquetitos de hilo. Cada una de esas prendas, pensadas en base a su experiencia en guarderías: ropa práctica e higiénica. El osito de peluche, en cambio, contradecía toda lógica. El peluche no era bueno para los niños muy pequeños. Juntaba polvo, no podía morderse, etc., etc... Había mil razones para no comprar aquel juguete, y una sola para hacerlo. Pero una poderosa: era el osito más lindo que había visto en la vida. Y eso era justo lo que merecía su bebé.

Abrió la puerta de calle haciendo equilibrio con el viento y los paquetes. Fue a la cocina a beber un poco de agua, dispuesta a descansar. Había caminado desde el centro, y se sentía desfallecer. Pero al sentarse en el sillón de la sala, la

tentación la superó. Se moría por ver al osito sentado en la ventana del cuarto contiguo al suyo, (el cuarto del bebé). Era una ventana revestida en madera, que se abría al jardín, con una bella repisa de base. El lugar ideal para apoyar algunos juguetes, antes de que llegara la cuna.

Con ilusión comenzó a subir la escalera hacia el piso superior. El vientre todavía no le pesaba, pero a ella le gustaba caminar y vestirse como si así fuera, (¡tal era su orgullo!)

Cuando estaba a punto de entrar al cuarto se detuvo abruptamente. Hizo silencio...

¡Nada! Sólo su imaginación...

Y es que la noche anterior Claudia Soto había llamado para advertirle a Nicolás acerca de su marido. Al parecer, el hombre estaba furioso.

Desde aquel llamado que Carolina se sentía nerviosa. Una tontera, según insistía en decir el padre de su hijo. Pero una tontera que no podía evitar. Quizás por las hormonas. O quizás porque era tan feliz, por primera vez en su vida, que tenía miedo de que algo pudiera arrebatárselo.

Dio un paso, y el ligero crujido de la madera la hizo detener. Y entonces volvió a escucharlo. Fuerte y claro. ¡Y provenía de su cuarto!

Con horror se dio media vuelta para dirigirse lentamente hacia la escalera, tratando de no hacer ruido. Si lograba llegar hasta la planta baja, podría huir, y llamar a la policía.

Pero fue inútil.

Ya era demasiado tarde.

* * *

Como si no fueran suficientes todas las plagas que habían azotado al país los últimos años, (deuda externa, default, crisis, hambre, desempleo, presidentes y políticos varios), ahora se sumaba el clima.

En la ciudad de Buenos Aires, famosa por transitar con precisión de libro de geografía sus cuatro estaciones, las cosas se habían vuelto paulatinamente más y más confusas. Los días de frío intenso eran cada vez menos, y no era extraño sentir un calor sofocante en pleno invierno, o tener que desempolvar las chaquetas de abrigo, cuando el día anterior se había usado traje de baño. Como sus ciudadanos, el clima de Buenos Aires se había vuelto neurótico y temperamental.

Por eso aquel día, cuando el cielo se oscureció repentinamente, los resignados porteños se apuraron a poner las compuertas que debían protegerlos del agua. Las calles se anegaban, víctimas de décadas de abandono, y un crecimiento edilicio que no había sido acompañado por un cambio en los vetustos drenajes. Bastaba una llovizna para provocar una inundación. Y aquellas nubes anunciaban un pequeño diluvio...

—¿Va a salir? Hay alerta meteorológico.

Nicolás observó con sorpresa a aquel anciano agradable. En los cinco años en que había guardado su auto en aquella cochera, era la primera vez que el hombre le dirigía la palabra.

—No vendrá mal un poco de lluvia. Este calor en pleno julio es ridículo. ¡Qué clase de invierno es este!

El anciano lo miró por encima de sus lentes, encerrándose de nuevo en su mutismo.

“Quizás en otros cinco años volveré a escuchar su voz”, se dijo Nicolás, mientras subía al auto para emprender su camino.

Sí, el cielo no presagiaba nada bueno. Pero se moría por regresar a casa junto a Carolina, su mujer perfecta. Se había desocupado un rato antes de lo acostumbrado, y si se apuraba, podría ayudarla con la comida y la mesa. A las nueve había un partido que quería ver, y no podía esperar a sentarse a su lado, frente al televisor. Claro que a Carolina no le gustaba el fútbol, pero siempre se quedaba junto a él, leyendo uno de sus libros de pedagogía, así podían charlar en los intermedios, o simplemente acariciarse.

A las pocas cuadas comenzó a llover. Pero no como otras veces. Las gotas caían formando una cortina espesa y dificultando la marcha. Y era tanta la violencia con que se precipitaban a la tierra, que cuando comenzó a caer el granizo, Nicolás apenas lo notó. Y a cada piedra que caía,

le seguía una mayor. De repente se sintió en medio de un campo enemigo, con una lluvia de cañonazos cayendo sobre su cabeza.

Y entonces ocurrió.

Una piedra del tamaño de una pelota de tenis astilló su parabrisas delantero.

Jamás había presenciado algo así y, por ridículo que fuera, Nicolás comenzó a sentir miedo. Sí, era miedo. Una angustia profunda de que algo pudiera ocurrirle a Carolina, o a él..., o al bebé. Horror de perder aquella felicidad a la que apenas se estaba acostumbrando. Como el tiempo, su suerte podía cambiar en un minuto. Y él ni siquiera tenía un Dios a quien reclamarle.

Pasada la primera confusión, y una vez acabado el granizo, los automovilistas se bajaron uno por uno para evaluar los daños. Las sirenas comenzaron a escucharse a lo lejos, y las calles eran ahora azotadas por el caos. Vidrios rotos, carrocerías perforadas, paredes venidas abajo. Todos tenían algo para lamentar.

Luego de perder casi una hora, en un viaje que habitualmente le llevaba unos pocos minutos, por fin Nicolás llegó a casa. No se tomó el trabajo de estacionar en la cochera. Por muy ridículo que le pareciera, tenía un mal presentimiento.

Corriendo atravesó el jardín.

Abrió la puerta de calle, y una oscuridad inusual en la casa lo hizo trastabillar. Con temor accionó el interruptor para iluminar la sala.

Y entonces la vio. Al pie de la escalera, en medio de un charco de sangre.

* * *

Como salido de la tapa de una novela romántica barata, era desgarrador ver a aquel hombre hermoso cargando a su dama entre los brazos, desesperado. Sí, muy romántico, y muy desgarrador... Para otra. Ella había visto cientos de casos así. Y lo que más la enfurecía era que lo había predicho aquel día, meses atrás, cuando había atendido a la muchacha en su casa. Era el mismo tipo, lo recordaba muy bien, porque un hombre así resultaba difícil de olvidar.

En aquella oportunidad había sido un “accidente” con un cuchillo. Y ahora otro, en la escalera. Ya estaba harta de ver a esos fulanos, una y otra vez, siempre desesperados. Y de escuchar a sus víctimas justificándolos: *“No, él no ha sido. He sido yo, que soy tan torpe”*.

—Esta vez voy a hacer la denuncia —proclamó la joven doctora de la sala de urgencias, creyéndose sola.

—¿Contra quién? Yo apenas te he mirado, y no creo que puedas leer la mente —bromeó su colega.

Aunque no todo era broma. ¡Si pudiera leer su mente! Y es que había algo en aquella mujer que volvía loco al doctor Aguirre. Quizás su seguridad, o su fortaleza. O quizás aquella indiferencia a la que un hombre hermoso como Fernando Aguirre no estaba acostumbrado.

—Se trata de un fulano que abusa de su mujer. Primero tuve que atenderla en su mansión, porque le había clavado un cuchillo.

—¿Una mansión?

—La violencia no es privativa de los pobres. Si de vez en cuando bajas al mundo real, en lugar de encerrarte en los lujos de esta clínica —le reprochó con amargura.

Demasiada amargura para una joven tan hermosa.

—¿Y la policía qué ha dicho?

—No te digo que ella no me dejó hacer la denuncia. Y ahora el maldito doctor Expósito...

—¿El doctor Expósito?!

* * *

—Doctor Expósito...

Nicolás levantó la cabeza, confundido.

Por más que lo intentaba, no podía entender. ¿Cómo era posible que cambiara así su vida, en un instante? ¿Era un sueño, o el mundo real?

Cuando reconoció la figura de su viejo amigo Fernando Aguirre, no lo saludó. Se limitó a aceptar su presencia, como venía aceptando todo lo que le sucedía en aquel día fatal.

—La señora está razonablemente bien, dadas las circunstancias— comentó el otro médico que acompañaba a Fernando—. Despertó sola, y está respondiendo bien a los estímulos... Está sedada, y vamos a observarla por un tiempo.

Nicolás se deshizo al escuchar esa ansiada noticia, y Fernando tuvo que acudir a su lado para sostenerlo.

—¡Gracias a Dios! —murmuraba una y otra vez.

Luego reaccionó.

—¿Y el bebé?... ¿Y mi hijo? —preguntó sin tratar de disimular las lágrimas que comenzaban a oscurecer su mirada clara.

—Lamentablemente...

Nicolás no pudo escuchar más. Y ese amor profundo por el niño, que siempre se había ocupado en ocultar y ocultarse, salió a la superficie, imparable.

Fue tal su grito, tal su dolor, que su amigo Fernando, acostumbrado a caminar entre la vida y la muerte de los demás, se conmovió.

Primero fueron lágrimas, (lloró como nunca se había permitido hacerlo antes, ni siquiera con la muerte de su padre), y luego un puñetazo seco contra la pared, que tomó por sorpresa a los dos profesionales que lo acompañaban.

—¿Qué has hecho?! Debes haberte roto la mano.

—¿Ella lo sabe?

—Fue lo primero que preguntó. Ahora está sedada.

—¿Por qué mierda...? ¿Cómo fue que...?

—¿No lo sabes?

—La encontré desmayada... ¿Tropezó?

Fernando Aguirre tomó a su amigo del hombro, tratando de contenerlo, antes de hablar.

—Al parecer tu novia llegó a la casa, y se encontró con Agustina, que te estaba aguardando semidesnuda. Para cuando tu ex notó el embarazo de su rival, se le tiró encima, enloquecida, con tanta mala suerte que la muchacha perdió pie, rodando escaleras abajo.

—¿Agustina?

La historia se repetía. Su pasado había regresado para atraparlo. Pero esta vez no era culpa de su padre, sino que

eran sus propios pequeños pecados los que cobraban otra víctima inocente.

Su hijo.

* * *

Nicolás se lavó la cara, dispuesto a borrar toda huella de su profundo dolor. No deseaba amargar aún más a Carolina.

Tomó aire antes de entrar a la habitación del lujoso sanatorio. Durante más de dos horas la observó dormir, bajo los efectos del calmante que le habían inyectado. Durante más de dos horas intentó olvidar la culpa que lo agobiaba, y ahogar las lágrimas que una y otra vez acudían en tropel. ¡Tenía que ser fuerte! ¡Tenía que ser un hombre, carajo!

A las seis de la mañana llegó Fernando, acompañado de otro doctor, y de una médica joven, que a Nicolás le resultaba un tanto familiar.

—¿No ha despertado aún?

Nicolás se sobresaltó.

—¿Tenía que hacerlo?

—No, no te preocupes. No está dormida por la anestesia, sino por el sedante.

Nicolás se dirigió a su amigo, en busca de consuelo.

—¿Crees que podamos volver a...?

—No lo intenten antes de seis meses, y sólo si su ginecólogo lo autoriza. No ha sufrido daños internos, pero un aborto en estas condiciones no es algo fácil para el organismo.

Mientras los dos amigos hablaban, el otro médico se concentró en la paciente.

—¡Carolina!... Despierta, Carolina...

Y con la obediencia que siempre la había caracterizado, la joven despertó al oír aquella voz desconocida.

—¿Cómo te sientes? ¿Te duele algo?

—Un poco...

—Entonces te voy a hacer dar un calmante.

—¿Tu nombre completo es Carolina Castro, verdad? —preguntó Fernando, mientras anotaba algo en una ficha.

—Sí —contestó solícito Nicolás.

—¿Y tu edad?

—Treinta y dos —dijo él.

Pero Carolina lo corrigió.

—Treinta y tres.

Y por primera vez desde que despertara, dirigió su mirada hacia aquel hombre que la amaba con tanta devoción como torpeza.

—Los he cumplido hace una semana —le aclaró.

Los dos médicos participaron de la confusión de Nicolás.

“Qué pareja más extraña”, pensó Fernando. “Por mucho menos he perdido una novia”.

Luego de cuatro horas, Carolina obtuvo el alta médica.

Fueron cuatro horas que ambos amantes transcurrieron en silencio, tomados de la mano, sin siquiera atreverse a pronunciar las palabras que el otro tanto necesitaba escuchar, por miedo a incomodarlo, o, lo que era peor, a dañarlo aún más.

Ya estaban a punto de abandonar el sanatorio, cuando la médica joven que había atendido a Carolina, corrió hasta ella, obligándola a detenerse.

—Cuando te ocurrió la primera vez, te advertí que iba a haber una segunda. Ahora has perdido un hijo... ¿Insistes en no hacer la denuncia?

—¡Claro que vamos a hacerla! —se envalentonó Nicolás, para sorpresa de la joven profesional.

—No, gracias... —se limitó a decir la muchacha.

Y fue tan amargo y terminante su tono, que nadie tuvo valor para insistir.

Al subir al auto, lejos del ajetreo del centro médico, el silencio entre los dos se hizo más patente. Un silencio resignado y doloroso, como aquel que se tiene en un entierro, luego de echar la primera palada sobre el cajón.

Un silencio que anticipaba el olvido, (o la ausencia de él).

—Puedes llevarme a casa de mi hermana —murmuró Carolina, luego de andar algunas cuadras.

—¿Quieres ir a visitarla ahora? —se extrañó él.

—Puedo quedarme allí...

Nicolás clavó en aquella mujer que le dolía tanto, una mirada tan desesperada, que ella no dudó de su sinceridad.

—¿De verdad quieres quedarte con ella?

—No.

Él volvió a observarla, pero esta vez con aquel gesto asustado y frágil que sólo ella había visto antes.

—Gracias —dijo Nicolás, porque no sabía que más decir, y porque era lo que sentía en lo más profundo.

Ya en la casa, intentó mimarla de todas las maneras posibles. Olvidándose de su propio dolor y vergüenza, trató de confortarla. Pero lo hizo con ese sentimiento mudo que se profesaban el uno al otro.

Al llegar la noche se acostó junto a ella, esperó a que se durmiera, y, sin siquiera tocarla, le hizo el amor de una forma nueva: embriagándose con su respiración pausada, que, ahora se daba cuenta, necesitaba más que la propia.

Y es que Carolina era su vida.

* * *

A pesar que Nicolás se esmeró en borrar todo recuerdo del bebé, (o quizás por eso), a Carolina le era prácticamente imposible no despertar envuelta en lágrimas.

El día se le hacía interminable. Por la mañana, lloraba. A la tarde concurría a la biblioteca, o investigaba por Internet, tratando de actualizarse en temas de la educación. Extrañaba su trabajo... Incluso el de la guardería. Estar entre niños era algo que amaba, (aunque fuera una tarea mal paga, y con poco glamour).

Y a la noche...

A la noche trataba de cambiar la cara.

Desde un principio había intentado evitarle “escenas” a Nicolás. Sabía cuanto lo lastimaba ver el llanto de una mujer, y ella no quería que sufriera por su dolor. Entonces, al caer el sol, volvía a la casa, y se sentaba a releer sus viejas novelas románticas. Algo que le recordara que, además de madre, también se podía ser mujer... Claro que

incluso eso la entristecía. Ella distaba mucho de aquellas heroínas jóvenes y perfectas. Nicolás, en cambio, parecía salido de las mejores páginas. Dulce, cariñoso, sin un gramo de arrogancia. ¡Por no hablar de su figura de príncipe encantado!

Al hacerse las ocho, sin ganas, se arreglaba frente al espejo para él, convencida de la inutilidad de la empresa. ¿Qué podía ella, frente a las piernas esbeltas de Claudia Soto, o la figura longilínea de la señora Rivas, (o como quiera que se llamara la clienta que había llegado a la casa la noche anterior)? Ella ni siquiera podía hacerle el amor... Al menos hasta que la pérdida cesara. Y no era que se sintiera excitada o ardorosa, pero se moría por volver a él, sólo para poder satisfacerlo. Tenía un miedo irracional de que Nicolás se aburriera de ella. Un temor inevitable de convertirse en una nueva Agustina: alguien que soportaba, sólo por no saber como librarse.

Pero cuando la cerradura se abría para dar paso a Nicolás, (el verdadero, y no el escapado de una novela romántica), como por arte de magia el humor de la joven cambiaba por completo; y ya no había otra dicha más, que abandonarse en sus brazos...

En silencio.

* * *

—¡Eres una idiota!

Carolina miró a su hermana con resignación. Ya estaba acostumbrada a sus demostraciones de afecto.

—De verdad, eres una idiota —insistió la otra—. Ahora que has perdido al niño, el tipo se va a hacer humo de inmediato.

—Lo dices como si lo hubiera podido evitar.

—¡Claro que podías! ¿Qué tenías que hacer en aquella escalera? Con el dinero que él tiene, hubieras podido disponer de servicio suficiente para...

—No estaba limpiando... Estaba sola, y tropecé.

—¡Idiota!... ¿Qué dice él?

—Nada.

—¿Cómo que “nada”? ¿Pierde un hijo y no dice nada?

El dolor por el silencio de Nicolás, que Carolina se empeñaba en ocultar, apretó su alma, impiadoso, en cuanto su hermana lo puso en evidencia.

—No lo juzgues... De seguro no ha sido fácil tampoco para él —trató de justificarlo, (y de paso, de justificarse su silencio)

—¡Qué va! El tipo debe sentirse aliviado. ¡Nunca quiso a ese niño! ¿Acaso lloró? ¿No lloró?... ¡Ves!

—¿Podemos hablar de otra cosa?

—¿Y qué vas a hacer ahora?

Carolina la observó, entristecida. ¿Qué iba a hacer?

Ni madre, ni novia, ni esposa, ni amante.

Nadie.

—El médico me ordenó guardar una semana más de reposo. Luego veré... De hecho, ayer me encontré con...

Su hermana ya no la escuchaba, tratando de imaginar como cambiaría aquel suceso su propia vida. Si como calculaba, el doctor Expósito pateaba el dulce trasero de Carolina, su hermanita menor no iba a dudar en volver con la frente marchita, a tocarle el timbre, para regresar a casa. Y Mónica ya se había acostumbrado a su soledad. Una soledad muy acompañada, si debía ser sincera. Su hermanita era demasiado conservadora para su gusto, y ella, en cambio, estaba aprendiendo a disfrutar.

Después de todo, sólo se tenían cincuenta años una vez en la vida.

* * *

—¿Y Carolina?

Victoria no necesitó escuchar a su amigo, para conocer la respuesta a su pregunta.

—Aunque trate de disimularlo, está cada día más triste. Cuando se cree sola, la escucho llorar en el cuarto.

—No es fácil... Y tú tampoco tienes buena cara.

Nicolás agachó la cabeza, como lo hacía siempre que algo lo superaba.

—Podrían buscar ayuda. Conozco un sacerdote que...

—¡No lo necesitamos! —respondió de inmediato, como si la sola idea de hablar de sus problemas lo escandalizara.

—Sin embargo a Agustina le ha hecho muy bien. Por empezar, la ha obligado a dejar esas malditas pastillas que tomaba.

—¿De qué pastillas me hablas?

—Para adelgazar.

—Pues no debían ser las únicas. Ahora que lo pienso, su aguante en la cama era muy sospechoso.

“Demasiados detalles”, se horrorizó Victoria. Pero no dijo nada.

—¿Y ahora qué van a hacer? —preguntó, en cambio.

—¿A qué te refieres?

—De sus vidas.

—Lo único que me preocupa es hacerla feliz, y que pueda recuperarse. Después... En seis meses podremos volver a intentarlo.

La joven se sorprendió.

—¿De verdad quieres tener un hijo?

—¡Por supuesto!

—Pero antes...

—Que te quede claro, Victoria. Yo no quiero un hijo. Quiero un hijo de Carolina.

“¡Vaya declaración”, pensó la joven.

¡Sí que Carolina debía sentirse feliz!

* * *

Carolina se sentía miserable. Cada día se instalaba más y más en la seguridad de que, tarde o temprano, Nicolás se iba a cansar de ella, y la iba a dejar partir.

Ni novia, ni esposa. Ni siquiera amante.

Y ya ni las novelas románticas la consolaban. Quizás por las hormonas, o vaya saber por qué, estaba convencida de que nunca había final feliz en el mundo real. Que las parejas permanecían juntas por falta de iniciativa, y que todo lo relativo al amor no era más que una farsa.

Claro que cuando él llegaba...

Pero, para su desgracia, Carolina transcurría la mayor parte de su día en soledad.

Demasiada soledad.

¿Cuánto tiempo iba a tardar Nicolás en darse cuenta lo poco que ella valía?

¿Cuánto, en buscar en brazos de otra, el consuelo que ella no podía brindarle?

* * *

El doctor Expósito traspuso las puertas del lujoso hotel para parejas que hacía furor en la ciudad, esforzándose por no ser visto.

Se trataba de un lugar pensado para el disfrute de empresarios poderosos, en busca de servicio, confort y privacidad, en sus escapadas diarias.

Nicolás recorría el sitio con curiosidad. Nunca antes había estado en un lugar como ese, pero al recibir el llamado de Claudia Soto no había dudado en dirigirse allí de inmediato.

—Sexto piso, por favor.

—¿El señor viene solo?

—Me están esperando.

Al entrar en la habitación, una de las mejores del lugar, decorada como si se tratara de una villa del imperio romano, la figura desnuda de Claudia no lo sorprendió.

La joven lloraba, desesperada. Más allá, un muchachito apenas con edad para conducir, también sin ropas, la observaba amedrentado. ¡Vaya cuadro!

—¿Cómo se te ha ocurrido?! —le recriminó el joven abogado a su cliente.

—Yo pensé... Yo creí...

—¿Sabías que él te estaba vigilando! Con el divorcio tan cerca, ¿no podías aguantarte?

—La culpa ha sido mía —intentó defenderla su inocente galán, tratando de actuar como todo un adulto.

“¡Pobre muchacho!”, pensó Nicolás. “Es tan idiota que no puede darse cuenta que, cuando de sexo se trata, la única que decide es Claudia.

—Creí que aquí estaríamos seguros —gimoteó ella—. El lugar es muy discreto, y, ¡por Dios, apenas son las nueve de la mañana!... Cuando entró el fotógrafo, yo no lo podía creer... De seguro fue alguien del hotel... Sí, alguien de aquí debió haberle pasado el dato a Octavio.

—Pues ahora estás lista. El doctor Ruiz no va a tardar ni un minuto en pedirte el divorcio por adulterio, y todo el esfuerzo que hemos hecho se irá a la mismísima mierda.

Claudia Soto pegó un grito desgarrador. Si algo podía conmoverla en la vida, era darse cuenta de que había trabajado gratis.

—¿No puedes hacer nada, Nicolás?

—No se puede contradecir una foto.

Por un instante el astuto abogado se quedó pensativo. No estaba acostumbrado a perder, y mucho menos frente a un pájaro de cuentas como Octavio Ruiz.

Su cara se iluminó.

—A menos que...

—¿Se te ha ocurrido algo?

—No hay mejor lugar para ocultar una cosa, que ponerla a la vista de todos.

—No entiendo...

Nicolás no se molestó en darle explicaciones. Por el contrario, con gesto de preocupación se concentró en la llamada que estaba haciendo por su pequeño celular.

—Hola... ¿Mirelle D'Arc?

* * *

Claudia Soto acarició con lujuria el cuerpo desnudo de su joven amante. Él la levantó con sus brazos fuertes. Y es que a pesar de sus diecisiete años y diez meses, el niño era todo un experto en aquello de hacer gozar a una mujer. Una experiencia que había adquirido en los últimos ocho meses, luego de su primera aparición en la telenovela de la noche.

Allí interpretaba el rol de un heredero disipado, que era rescatado de la droga por la madre de la protagonista.

Resultó entonces paradójico que fuera justamente gracias a ese papel que, en la vida real, lejos de redimirse, se condenara, cambiando las tardes del Liceo, por noches llenas de mujeres, drogas y alcohol.

Desde un rincón del cuarto, un hombre que los observaba con atención se apuró a ordenarle con voz severa, (como si se tratara del director técnico de un equipo de fútbol, en el partido definitorio del campeonato).

—Tapa su sexo con la cabeza. Y tú, Claudia, abre más la boca.

Una andanada de flashes iluminó el cuarto.

—¡Hermoso!... Y con esto, acabamos por hoy.

La bella modelo se apuró a levantarse, con destino al cuarto de baño. Completamente desnuda, y sin hacer el más mínimo intento por taparse, se contoneaba entre los técnicos, que seguían con sus tareas, indiferentes. Es que a aquella sesión de fotos, seguía de inmediato otra, y no había tiempo para fantasías.

Al pasar frente a Nicolás, Claudia lo besó en la boca.

—Gracias —le dijo, para luego desaparecer.

Mirelle sonrió con encanto, y toda la discreción que ese gesto ameritaba.

Mirelle D'Arc era toda una dama. Con sus inamovibles cuarenta años, (edad que había ostentado desde hacía al menos doce), su físico firme a fuerza de cirugías, su cara tiesa debido al bótox, y sus labios carnosos, (forjados con algo de la grasa que habían tenido que remover de su culo), era una mujer de aspecto tan curioso, como curiosa era ella de la vida de los demás.

“La reportera de espectáculos más importante de la televisión nacional”, como le gustaba autoproclamarse en un alarde de modestia, (en realidad se consideraba una de las mejores del mundo), Nicolás la había conocido luego de una serie de entrevistas que le efectuara a su amiga Victoria. Meses más tarde, fue ella la que lo contactó para solicitar sus servicios: un travesti, al que aquella curiosa dama había llamado “señor con bigote y minifalda” en el programa de más rating de la tarde, la estaba demandando por difamación.

En un fallo que movió a la polémica, el brillante abogado, secundado por más de diez travestis, en un verdadero show mediático, consiguió, (ya fuera gracias al dinero, la envidia, o la manipulación), que se consideraran tales dichos como una mera descripción de la realidad, sin intención difamatoria.

Luego de aquel evento, Mirelle, fascinada por un hombre de tanto talento como hermosura, comenzó a llamarlo casi semanalmente para ponerse a sus órdenes, (y con la ilusión de que tales órdenes se impartieran en la cama).

“Te debo una”, solía decirle. Y aquella mañana el doctor Expósito había cobrado la vieja deuda con creces.

—¿Segura que va a salir en la edición de esta noche? Mañana no me sirve.

—Tino está llevando el material, y yo ya he pasado el texto.

—¿Y el encabezado?

—“Claudia Soto y Felipe Losa protagonistas de ardiente sesión fotográfica”.... ¿Te leo el resto?... “En un lujoso hotel capitalino, la talentosa modelo posó junto a Felipe Losa, el galán del momento, en unas jugadas tomas publicitarias. Continuando con la tónica de sus primeras campañas, una reconocida marca de calzado deportivo...”

—Está bien —la interrumpió Nicolás—. Con eso va a alcanzar. Pero tiene que salir hoy.

—Tuve que mover cielo y tierra, pero por fin lo logré. Ahora eres tú el que me debe —y susurrándole al oído, agregó—, y yo “sí” pienso cobrármelo...

Nicolás la miró sonriente, y estaba a punto de responder, cuando la entrada cinematográfica de Claudia atrapó la atención de todos los presentes. Primero abrió la puerta del cuarto de baño de un golpe, para atraer hacia allí las miradas. Luego, demorándose en cada paso, hizo su aparición triunfal, vestida con un etéreo traje de noche rojo, (¡y eso que eran apenas las once de la mañana!).

—¿Qué haces, Mirelle? ¿Intentas conquistar a mi galán? Nicolás es mío.

—No le veo la etiqueta.

—¡Señoras!... No se molesten. Yo ya tengo dueña.

—¿Te refieres a la muchacha de las piernas gordas?

—A Carolina.

—¿Tiene las piernas gordas? —se extrañó Mirelle, que no se resignaba todavía a las pequeñas imperfecciones físicas de los demás seres humanos.

Nicolás no dudó en defender a su amada: —Eso es cosa de mujeres. Para mí, Carolina es bellísima.

—¿De verdad sigues con ella? —exclamó la bella modelo, desilusionada—. ¿Por esa me has estado rechazando? ¿Todavía no te has aburrido? Parecía bastante insípida.

—Nunca me voy a aburrir de Carolina. La amo de verdad.

Mirelle D'Arc, una vieja zorra en eso de descubrir sentimientos ajenos, no pudo menos que maravillarse al ver como la mirada de aquel hombre fuerte se tornaba vidriosa. Piernas gordas o no, la tal Carolina a ella le producía mucha envidia.

La experimentada periodista esperó a que Claudia se retirara para interrogar a su antojo a Nicolás. Sabía que

algo no estaba funcionando en aquella relación que él proclamaba perfecta, y quería averiguar qué era. Claro que no intentaría sonsacárselo, como hacía con la mayoría de sus entrevistados. No. Aquel hombre no era ningún idiota, como para que ella lo pudiera engañar con medias palabras. No. Sería directa con él.

—Si la amas como dices, ¿por qué no te veo feliz?

Otra vez la mirada vidriosa.

—Hemos perdido un niño, a los cuatro meses del embarazo. Desde entonces Carolina...

No pudo continuar. Sólo recordar el dolor que aquellos hermosos ojos negros se empeñaban en ocultar, lo lastimaba demasiado. La presencia, antes tierna y luminosa, de ella por la casa, se había transformado en un deambular triste, casi ausente.

—No sé como recuperarla —confesó con impotencia.

—Hay algo que no entendí... ¿la muchacha es tu esposa?

Nicolás agachó la cabeza, avergonzado. Claro que se sentía en falta, si ni siquiera se había atrevido a decirle a Carolina eso que proclamaba a los cuatro vientos: que la amaba.

—¡Entonces tengo la solución a tu problema! ¿Quieres alegrarla? ¿Quieres que olvide lo del niño? ¡Pídele que se case contigo! No hay nada que distraiga más a una mujer que una buena boda.

—¿Te parece?

—¡Por supuesto!... Y no pienses que hablo de una simple declaración. ¡No! Tienes que hacer algo que la conmueva. Algo que puedas contarle a tus nietos. Algo digno de ser publicado en una revista –agregó con intención.

—¿Te parece?

—¡Por supuesto!

—Pero no creo que Carolina sea del tipo de...

—¡Todas las mujeres somos de ese tipo!... Olvida lo íntimo. Tiene que ser maravilloso. Reunes a sus amigos, y en medio de todos, sin que ella lo espere, te pones de rodillas y...

—¿De rodillas?! Sólo los yanquis hacen esa estupidez. Aquí nadie...

—Tú no eres como nadie, ni ella es como los demás.

—Pero, aunque quisiera, no conozco a sus amigos. Ni siquiera me ha presentado a la hermana –se quejó, adolorido.

—¡Con más razón! Es obvio que la muchacha no confía en tus intenciones.

En la cabeza del joven abogado todo ocupó su lugar. ¡Casarse! Sí, ¿por qué no?... Era lo menos que su novia se merecía, y, por otra parte, él mismo necesitaba cada día

más de esa estabilidad que los papeles otorgaban. Quería estar seguro de que si algo le ocurría, Carolina iba a quedar protegida. Y que cuando luego de seis meses volvieran a intentarlo, su hijo nacería en el seno de una familia bien constituida, con todas las de la ley, y las de la Iglesia (¿por qué no?). No quería que el pobre niño tuviera de que avergonzarse, (como le había ocurrido a él)

Sí, la sugerencia de Mirelle lo subyugaba. Todo comenzaba a ocupar su lugar.

Todo, excepto...

¿De rodillas?!

* * *

Desde hacía mucho tiempo que Nicolás no se divertía tanto. La sola idea de confabular a espaldas de Carolina, (la sola idea de alegrarla), lo hacía feliz. Durante toda la tarde olvidó el trabajo, para dedicarse a planear la mejor noche de sus vidas.

Lo primero fue, por supuesto, el anillo. Al principio había elegido por el precio, limitándose a seleccionar el de más valor. Pero cuando ya lo estaban empaquetando, sus ojos se chocaron con aquello que había ido a buscar: una joya tan hermosa como sencilla, digna de Carolina. Puro platino, rodeando, (casi acariciando), tres diamantes tan cristalinos como ella. Perfectos, como su mujer perfecta.

Luego llamó a Victoria, que se comunicó con Tito, (un verdadero experto en aquello del romanticismo).

Para las seis de la tarde ya estaba todo arreglado: la trampa, la sorpresa, el festejo. La felicidad.

A las siete, Nicolás entraba a la cochera de su casa. Al principio, en su inocente ignorancia, había pensado comprar un ramo de flores. Pero Tito lo disuadió de inmediato. No tenía que hacer nada que pusiera a la muchacha sobre aviso. Las flores vendrían justo después del plato principal, y antes del postre. Cientos de rosas blancas, entregadas por más de diez camareros en fila. Y luego, el anillo. De rodillas, (¡si no había más remedio!)

La cocina estaba a oscuras.

—Carolina... —llamó con suavidad.

—¡Carolina! —gritó al pie de la escalera.

Todo estaba en silencio.

Tuvo un mal presentimiento, y subió los escalones a los saltos.

Obras de Clara Voghan disponibles en Internet

Un Saludo Distinto

Renata

Ana

Soledad, Sexo y Pedagogía

*Para obtenerlas en forma gratuita
visite y suscríbase a nuestro grupo de Yahoo*

<http://ar.groups.yahoo.com/group/claravoghan/>

Una novela romántica diferente.